

JESÚS PÉREZ MAGALLÓN

CONSTRUYENDO LA MODERNIDAD:  
LA CULTURA ESPAÑOLA EN EL  
*TIEMPO DE LOS NOVADORES*  
(1675-1725)

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
INSTITUTO DE LA LENGUA ESPAÑOLA  
MADRID, 2002

# ÍNDICE

LIMINAR .....	11
INTRODUCCIÓN .....	13
EL BARROCO REVISITADO .....	18
DEL <i>DESENGAÑO</i> AL <i>DESENGAÑAR</i> .....	23
UNA FORMACIÓN CULTURAL COMPLEJA .....	32
NECESARIOS AJUSTES PERIODIZADORES .....	41
LA <i>CURIOSIDAD</i> MODERNA .....	46
LA IDENTIDAD NACIONAL PROBLEMATIZADA .....	51
CAPÍTULO I. DECADENCIA Y RESURGIMIENTO .....	57
BORBONES POR AUSTRIAS: EL CAMBIO DE DINASTÍA .....	78
LA MOVILIZACIÓN ORGÁNICA DE LOS NOVADORES .....	86
CAPÍTULO II. DECONSTRUIR LA AUTORIDAD: EXPERIENCIA Y RAZÓN .....	101
EL NUEVO DISCURSO CIENTÍFICO .....	125
PENSAMIENTO Y NOVEDAD .....	142
LA RECONSTRUCCIÓN DE LA HISTORIA Y EL ESPÍRITU CRÍTICO .....	163
CAPÍTULO III. IDENTIDAD NACIONAL Y AUTODEFENSA .....	185
CAPÍTULO IV. DEL HÉROE DISCRETO AL HOMBRE PRÁCTICO ..	239
GRACIÁN Y EL HEROÍSMO DEL DISCRETO .....	244
LA ARTICULACIÓN ESTANCADA DE NÚÑEZ DE CASTRO .....	255
EL NUEVO MODELO: LA MODERNIDAD DE <i>EL HOMBRE PRÁCTICO</i> .....	263
CAPÍTULO V. CUESTIONES DE GUSTO: LO FRANCÉS Y LO ITALIANO .....	291
LOS ESPAÑOLES Y EL GUSTO POR LO FRANCÉS .....	296

LA CULTURA FRANCESA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVII ..... 305  
LIMITACIONES Y ANTINOMIAS DE LA POLÍTICA BORBÓNICA TEM-  
PRANA ..... 309  
ITALIA Y LO ITALIANO: UN INTERLOCUTOR CULTURAL IRRENUNCI-  
BLE ..... 319  
CIERRE ..... 337

## LIMINAR

«Bien está lo que acaba», sin adverbios, y aquí “acaba” un proyecto al que me “empujó” quien fue mi amigo y colega Victor Ouimette, y que recibió la generosa ayuda financiera del Social Sciences and Humanities Research Council of Canada<sup>1</sup> (SSHRCC) —del gobierno de Canadá— y de los Fonds pour la Formation de Chercheurs et l’Aide à la Recherche (FCAR) —del gobierno de Québec—, así como diversas becas parciales de la Faculty of Graduate Studies and Research de la Universidad McGill. Esos fondos permitieron —además de viajes a España y adquisición de materiales— que Dorothy Odartey-Wellington, Margarita López y Monique Vieira, como ayudantes de investigación, rastrearán y localizarán fuentes bibliográficas que me han sido esenciales. Durante mi año sabático, y gracias a Fernando García Lara y Javier Fornieles Alcaraz, pude pasar tres meses en la Universidad de Almería como profesor visitante, trabajando y disfrutando de esa cálida ciudad.

Quien leyere encontrará lo que pretende ser un estudio de la cultura española en la época de 1675 a 1725, momento crucial y fundacional de la modernidad española. Quien lo hiciere atentamente percibirá sus hallazgos y verá el/la lector/a que me he detenido en algunas contribuciones esenciales, hasta ahora poco o nada tenidas en cuenta por historiadores y críticos. Tiene pocas conclusiones, porque éstas las sacarán —y más fructíferamente— quienes lean con aviso.

Ningún libro se escribe sin libros y artículos; el mío está en deuda con muchos, que se han querido confesar explícitamente. Pero hay reconocimientos que no aparecen en las notas: la vida agradable que me ha permitido trabajar y de la que son responsables —junto con el excepcional ambiente urbano de Montreal— mi amiga Kay Sibbald, del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad McGill, mis cómplices —Paulina, Helen, Juan Luis, Ana, Mike, Sofia (que es, además, mi hermana)—, mis hijas Marina y Leonor, y por encima de todo, mi compañera de luz, penumbra y oscuridad, Anny. Gracias últimas a Joaquín y Luciano.

---

<sup>1</sup> No he podido olvidar que uno de los evaluadores extranjeros criticó el proyecto diciendo que, si tenía que estudiar las bellas artes, era incomprendible que no hubiera incluido a ¡Goya!

## INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

Todo cambio responde a una necesidad social que, por lo general, suele ser expresada por sectores muy reducidos de la población<sup>2</sup>. Nada más equivocado que suponer que una personalidad individual, por mero capricho o ingenio, puede modificar el curso de la cultura de su siglo. El pensamiento, las ciencias, las ideas estéticas o artísticas y las armas críticas son resultado y a la vez causa de una transformación cualitativa de la sensibilidad social. Las teorías y los conceptos sólo formulan —más o menos racionalmente— y dan forma a ese cambio, estabilizándolo y confiriéndole continuidad. Introducir la ciencia o la filosofía moderna, defender el espíritu crítico en todos los terrenos, reinstaurar el buen gusto o restaurar las buenas letras son sólo facetas de un mismo hecho: la sensibilidad de la sociedad —encarnada en su sector más abierto y lúcido— se ha modificado hasta el límite en que se impone un cambio. En el tiempo de los *novatores*, período que se extiende aproximadamente desde 1675 hasta 1725, esos sectores reducidos *parecen* más reducidos que nunca, pero existen, actúan y dan expresión sin duda a una necesidad que no es exclusivamente personal. Ciertamente, se trata de un movimiento minoritario del que todos los participantes se saben conscientes<sup>3</sup>. Ahora bien, Feijoo escribe en el tomo tercero del *Teatro crítico universal*: «es preciso que los monarcas de un poderosísimo reyno [el de Francia], por espacio de más de cien años, aplicando a este

---

<sup>1</sup> Partes de esta Introducción han aparecido en «El tiempo de los novatores (1675-1725), o en la modernidad española», *Laurel* 3 (2001), pp. 37-63, y en «La problemática cultura del tiempo de los novatores (1675-1725)», *Salina* 15 (2001), pp. 99-112.

<sup>2</sup> Américo Castro señalaba hace años, «Algunos aspectos del siglo XVIII (Introducción metódica)», en *Lengua, enseñanza y literatura (Esbozos)*, Madrid, Victoriano Suárez, 1924, p. 289: «Sobre los restos del pasado que perduraban en el medio popular y que, de haber continuado rigiendo al país, habrían conducido necesariamente al *finis Hispaniæ*; sobre ese fondo formado en gran parte de detritus de civilización no bien lograda, se dibujan a principios del siglo XVIII intentos renovadores»; o, como dice un poco antes: «Entregada a sí misma, vuelta hacia el pasado, España habría desaparecido» (p. 288). Sin coincidir con el momento en que sitúa esos intentos, Castro apunta nítidamente a la razón de ser del movimiento novator: evitar el *finis Hispaniæ*.

<sup>3</sup> No me parece atinada la observación de A. Castro al decir que frente a la situación de 1700, «nada o casi nada representa media docena de espíritus selectos» («Algunos aspectos del siglo XVIII», p. 289). Por el contrario —no sólo por ser más de media docena—, lo representan todo, pues *son* el movimiento en que se expresa, desde bastantes años antes al cambio de siglo, el anhelo de modernidad que cobrará forma a lo largo del XVIII.

fin grandes tesoros, hagan trabajar en innumerables experimentos y en razonar sobre ellos [...] a más de cuatrocientos hombres hábiles. ¿Cuándo se logrará esto?»<sup>4</sup>. Fijémonos en el número que menciona: cuatrocientos sabios, y está hablando de Francia; por su parte, Maconaz se comprometerá ante Felipe V a proporcionarle una lista de trescientos españoles capaces de ocupar los puestos necesarios en la administración de la monarquía. Ciertas actividades han sido siempre labor de minorías<sup>5</sup>.

Más importante es saber que quienes participan en esa empresa se conocen mutuamente y están al corriente de lo que cada uno de ellos hace o escribe, tienen conciencia de grupo<sup>6</sup>. Porque lo que se está planteando en la labor de los individuos de quienes vamos a hablar aquí —la mayor parte de los cuales permanece fuera de las configuraciones canónicas de la cultura española<sup>7</sup>— es la necesidad histórica de dar un golpe de timón que permita hacer frente a desafíos que ya se han empezado a afrontar —o hace tiempo se están afrontando— en otros lugares de Europa. Se trata, ni más ni menos, que del acceso a lo que —desde la perspectiva de ese momento— se vislumbra como la modernidad, modernidad que podría resumirse en un programa de secularización del pensamiento y las manifestaciones artísticas, de apertura y desarrollo de las ciencias, las artes y la técnica —con un claro desplazamiento de la epistemología escolástica a la racionalista y sensista—, de búsqueda de compromiso consciente y controlado entre cultura y poder<sup>8</sup>. Edward

---

<sup>4</sup> B. J. Feijoo, *Obras. (Selección)*, ed. de Ivy L. McClelland, Madrid, Taurus, 1985, pp. 54-55.

<sup>5</sup> Me parece innecesario subrayar que, «junto a estos intentos, el saber más extendido tenía notas oscurantistas», como hace Sánchez-Blanco (*La mentalidad ilustrada*, Madrid, Taurus, 1999, p. 18).

<sup>6</sup> No sólo hay numerosísimas referencias en sus escritos en los que el uso de la primera persona del plural expresa tal conciencia, sino que, como ha escrito F. Lopez, los novatores estaban «unidos por la necesidad de comunicarse conocimientos, intereses, curiosidades, de constituir redes de relaciones, ora manteniendo correspondencias, ora reuniéndose en tertulias, en academias, para aprender unos de otros y saborear los placeres de la “sociabilidad” (palabra que ya aparece en un libro de Fernán Núñez)» («Los novatores en la Europa de los sabios», *Studia Historica. Historia Moderna* 14 (1996), p. 99). O. Quiroz-Martínez, *La introducción de la filosofía moderna en España. El eclecticismo español de los siglos XVII y XVIII*, México, El Colegio de México, 1949, p. 183, escribe: «Hay que notar que, en parte por la presión del ambiente, pues la hostilidad del mundo circundante debía obligarles a estrechar filas para la defensa [...] Se muestran atomistas tan agresivos como los más acendrados escolásticos, dispuestos a romper lanzas por sus héroes no menos que éstos por los suyos». Escribe Zapata: «como a cuerpo descubierto contra el numerosísimo ejército de el aristotelismo estamos acampados, sin perder un dedo de terreno» (*Ocaso de las formas aristotélicas*, Madrid, Imp. del Hospital General, 1745, p. 143).

<sup>7</sup> Olga V. Quiroz-Martínez, *La introducción de la filosofía moderna*, p. 10, escribe: «Nuestro estudio pretende sacar estas figuras de las sombras historiográficas, aunque no pretenderíamos hacer lo propio de las históricas. Efectivamente, no se trata de pensadores originales, sino de propagadores e introductores, en su medio, de ideas ajenas. Tienen, pues, el calor de lo original sólo en relación con las circunstancias de su ambiente».

<sup>8</sup> La bibliografía sobre la *modernidad* es amplísima. Puede verse Alain Touraine, *Crítica de la modernidad*, trad. de M. Armiño, Madrid, Taurus, 1993; Charles Taylor, *The Malaise of Modernity*, Don Mills (Ontario), Anansi, 1991; Niclas Luhman, *Observations on Modernity*, trans. By W. Who-brey, Stanford, Stanford University Press, 1998. Como buen conjunto de opiniones diversas, *De Richard Rorty a Jürgen Habermas. La modernité en questions*, dir. de F. Gaillard, J. Poulain et R.

Said definía la cultura con dos significados: el primero, como «all those practices, like the arts of description, communication, and representation, that have relative autonomy from the economic, social, and political realms and that often exist in aesthetic forms, one of whose principal aims is pleasure»<sup>9</sup>; por otro lado, la cultura es «a concept that includes a refining and elevating element, each society's reservoir of the best that has been known and thought»<sup>10</sup>. Ver el placer como uno de los objetivos de la cultura presupone una noción de la que están excluidos lo que llamaríamos la cultura científica y el pensamiento filosófico; tal noción, aceptable para nuestros tiempos, no lo es para los siglos XVII y XVIII. Recuérdese solamente que la noción de *literatura* incluye en aquel tiempo toda la producción escrita, sin que importe la materia específica de que se trata<sup>11</sup>.

Por su parte, José Cepeda Adán resume su concepto de cultura definiéndola como «el juego de respuestas que el hombre se da en su diálogo con el mundo y con los otros hombres a fin de entender y organizar su vida en un tiempo determinado, de acuerdo con las circunstancias y exigencias de ese mismo tiempo»<sup>12</sup>. La abstracción de tal definición permite aceptarla siempre que quede claro el ámbito al que se aplica y que, desde luego, incluye, como decíamos, la cultura científica y filosófica. Para Maravall, el Barroco es «una cultura que consiste en la respuesta, aproximadamente durante el siglo XVII, dada por los grupos activos en una sociedad que ha entrado en dura y difícil crisis, relacionada con fluctuaciones críticas en la economía del mismo período»<sup>13</sup>; y más adelante la cultura se presenta como el conjunto de «recursos técnicos de captación»<sup>14</sup> que utiliza el poder para, junto a la represión física, vigorizar los medios de integración social desde el poder; ideas que, si se aceptan, no son, desde luego, exclusivas de la cultura barroca. Porque el discurso cultural hegemónico de toda sociedad forma parte del conjunto de mecanismos de dominación utilizados para la conservación de los privilegios de clase. Pero no todo discurso cultural es hegemónico, sino que se dan también discursos culturales marginales —aunque la capacidad integradora de aquél se haya mostrado casi irresistible—. Y todavía más importante para explicar la génesis de la modernidad es subrayar la pluridiscursividad de lo que Maravall sólo lee e interpreta de

---

Schusterman, Paris, Cerf, 1998. Concepto asediado desde diferentes perspectivas, vid. Rita Felski, *The Gender of Modernity*, Cambridge, Harvard University Press, 1995.

<sup>9</sup> Edward W. Said, *Culture and Imperialism*, New York, Vintage Books, 1994, p. xii.

<sup>10</sup> E. Said, *Culture and Imperialism*, p. xiii.

<sup>11</sup> Un excelente rastreo y clasificación diacrónica puede verse en Robert Escarpit *et al.*, *Hacia la sociología del hecho literario*, Madrid, Edicusa, 1974, pp. 257-272. Sobre ese concepto en el siglo XVIII, J. Pérez Magallón, *En torno a las ideas literarias de Mayans*, Alicante, Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert", 1991, pp. 71-80.

<sup>12</sup> José Cepeda Adán, «Prólogo. Los españoles entre el ensueño y la realidad», en *El siglo del Quijote. 1580-1680. Religión. Filosofía. Ciencia*, Madrid, Espasa, 1996, p. 37.

<sup>13</sup> José Antonio Maravall, *La cultura del Barroco* [1975], Barcelona Seix Barral, 1981, p. 55.

<sup>14</sup> J. A. Maravall, *La cultura del Barroco*, p. 124.